

Folletín de «EL LABARO»

YA ES NUESTRO

POR

A URORA LISTA

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez

Plazuela de Carvajal, número 5

—
1901

YA ES NUESTRO

A URORA LISTA

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava a cargo de J. Rodríguez

Plaza de Cervantes, número 2

1907



YA ES NUESTRO

I

Carmen, cruzados los brazos sobre el calado balaustre de la galería, contemplaba con amorosa complacencia la hermosísima puesta del sol de una alegre tarde de verano.

Sus ojos azules como el cielo y soñadores como el amor, se embelesaban en las arreboladas nubes, entre las cuales hundía el sol su disco semejante á un gran globo de fuego, y los labios de la niña, húmedos y purpurinos como los claveles que crecían en torno de ella, murmuraban:

—¡Qué hermoso es mi Amado!

Ahondaba sus límpidas pupilas en la lejanía de los horizontes inabarcables y luminosos, y sonreía dulcemente al pensar:

—¡Qué grande es mi Amado!

Aspiraba con delicia el ambiente saturado por las flores del jardín y las hierbas aromáticas del bosque vecino; sentía la dicha de vivir y de vivir para amar, y con toda la efusión y el entusiasmo de su alma decía:

—¡Cuán bueno es mi Amado!

Carmen era feliz, todo lo feliz que puede serse á los diecinueve años, nadando en la abundancia, querida de todos, dotada por el cielo de condición fácil, carácter alegre y corazón entusiasta por todo lo grande y todo lo bello.

Había, no obstante, dos nubecillas en el cielo radiante de su existencia. Era la una el no tener madre. Hacia unos cuatro años había muerto la buena señora, pero no para su hija, que continuaba amándola, dedicándole sus filiales obsequios con fervorosas preces y sufragios, y uniéndose á su espíritu en todos los actos de su suave y piadosa existencia; de manera que si realmente era una nube en el

diáfano horizonte de la niña no ver á su madre junto á sí, á semejanza de aquellas que el sol doraba á su vista, otro sol aún más bello que aquel que puso Dios por luminar del día; el incomparable sol de la fe, prestábale sus fúlgidos y celestiales resplandores.

Y existía además otra nube que la esperanza iluminaba con tintes y cambiantes no menos hermosos y delicados; ésta era su vocación, si no contrariada, aplazada al menos, de entrar en Religión.

Sabíala su madre, y la aplaudía, combatía su padre, aunque flojamente, hasta que muerta aquélla, cifró en su hija todos sus amores, declarándole le mataría de separarse de ella, pues le faltaban fuerzas y valor para vivir solo en el mundo.

Se calmó la niña con caricias y frases de ternura, y aún hizo ánimo de dejar pasar el primer año de luto sin decirle una palabra de su propósito. Así lo manifestó á su director espiritual, y éste, con algo de extrañeza por parte de Carmen, le aconsejó y aún ordenó aplazara indefinidamente el logro de sus afanes, puesto que Dios ya vendría á buscarla cuando quisiera, y mientras llegaba ese día,

se consagrara en alma y vida á consolar á su padre, á llenar el vacío que la muerte había dejado en su corazón, colmándole de atenciones y cariño. Para que la privación de su deseo le fuese menos dura, díjole hiciera cuenta comenzaba entonces su noviciado, y que no ya la madre maestra, sino Dios mismo, le ponía esta prueba para ejercitarla en la obediencia y en el desprendimiento de la propia voluntad; ejercicio que no había de pesarle haber practicado y fortalecido en él cuando el Señor fuese servido llevarla al estado por que anhelaba.

En honor á la verdad, hay que decir no pareció á Carmen dura la prueba, antes la halló blanda y sabrosa, sin que dejara de sentir por eso la nostalgia del claustro; pero nostalgia dulce y tranquila, que más que una pena del espíritu, era en ella un vago y delicioso enamoramiento del corazón. Vendrá, decíale éste, el bien apetecido. ¿Qué importa la tardanza, si en ésta también hay sus goces y dulzuras? Amaba la niña apasionada y entrañablemente á su padre. Con mayor vehemencia desde que éste perdió su amante compañera y pudo fundadamente creer era su hija todo y el único amor de su existencia.

¡Nos sabe tan dulce al reclinar nuestra frente sobre un corazón querido, el pensar que es nuestro, enteramente nuestro! ¡Nos embriaga y seduce de tal manera la creencia de que reinamos con omnímoda soberanía sobre aquella amada voluntad, con exclusión de otras voluntades y otros afectos! El corazón es exclusivista por naturaleza: lo da todo, pero en cambio de todo, porque Dios, que lo ha formado, nos ama y quiere que le amemos así: todo en cambio de todo. Sólo de esta manera se comprende el amor; lo demás son chispas, migajas de amor; lo demás es el desfallecimiento del hambre, el escozor punzante de la sed, celos que matan y dudas que devoran y hacen del amor un martirio, debiendo ser la felicidad y el bien.

Carmen creía poseer por entero el corazón de su padre; ella su único cariño, su única alegría y felicidad, y al sentirse así querida era dichosa. Pero ¡cuántas veces la ilusión nos engaña, y en aquel corazón que juzgamos nuestro se nos concede solo un asiento como de prestado, mientras otro dueño reina en él y sobre él, y acaso de manera indirecta sobre nosotros mismos!

Embelesada se hallaba nuestra niña en admirar aquella hermosa puesta de sol, en el incomparable cielo de Andalucía, cuando la sacó de su abstracción el ruido de unos pasos menudos y breves que sonaban en las enarenadas calles del jardín con ese áspero y monótono contacto que no tiene nada de apacible.

Dirigió Carmen la mirada en aquella dirección, y no pareció agradarse de la visita que sin duda venía en su busca, transportándola de sus dulces y sublimes coloquios con el Amado, á las pequeñas realidades de la vida.

Hizo, no obstante, un ademán de conformidad con aquella contradicción, y se dispuso á salir al encuentro de la recién llegada murmurando:

—Tía Anacleta.

Tía Anacleta había entrado por la puerta del jardín en vez de la portada principal, á causa de haber divisado á su sobrina desde lejos, y á ella se dirigía partiendo camino y aún ganándole la vez á pesar de triplicarle los años.

—Vamos arriba, á la galería en donde estabas ahora, dijo contestando á las instancias de Carmen para hacerla entrar en la casa

tengo que hablarte cuatro palabras, y estaremos más solas y con mayor libertad allí.

Carmen le ofreció el brazo, y subieron ambas en silencio la escalera de mármol que conducía al hermoso mirador, sitio predilecto de la poética y amable niña, y que parecía serlo también, al menos por esta vez, de la adusta y áspera solterona.

Tía Anacleta, hermana de D. Javier Girón, padre de Carmen, era una de esas mujeres entregadas á la piedad, en las cuales ésta, y Dios sabe por qué, no sirve para endulzar su carácter, tornar en fácil su recia condición, ni hacerlas sufridas con las flaquezas del prójimo. A parte de esa sequedad de su corazón y acaso de su espíritu, tenía recta conciencia, y si no podía ofrecer á Dios grandes sacrificios y virtudes, tampoco tenía éste que perdonarla graves pecados.

No congeniaba mucho con Carmen, que era todo corazón, por lo cual la solía llamar su tía niña romántica y pamplinosa, extrañándose ésta en gran manera de aquella que prometía ser confidencia importante, pues nunca imaginó merecer tal confianza de su tía.

Poco había de durar la curiosidad de nuestra amiga en saber de lo que se trataba, pues Anacleta iba siempre derecha á su objeto, sin rodeos ni atenuaciones.

Y apenas tomó asiento en una mecedora que le ofreció su sobrina, y se vió á ésta cerca de sí, le dirigió estas terminantes y nada tranquilizadoras palabras:

—Vengo á avisarte que el alma de tu padre está en peligro, y si Dios no lo remedia corre, si no vuela, á su eterna perdición.

—¡Padre de mi alma! gritó la hija amantísima, desmintiendo en su corazón la rotunda afirmación de su tía.

Fijóle luego los ojos con mezcla de indignación y lástima, como si quisiera reprocharle dudase de su propia sangre, y añadió:

—Tía, con seguridad han informado á usted mal, y puede creer está V. en un error: mi padre es el mejor de los hombres, y eso es sólo una vil calumnia.

Por descontado tenía ya Anacleta el noble arranque de su sobrina, porque no se alteró al oirla, á pesar de no ser su fuerte la paciencia. Y como la niña llorase amargamente al ver ultrajado á aquel á quien amaba y veneraba

con toda su alma después de Dios, le dijo sin conmoverse:

—Ya sé cuán triste es descubrir á una hija las faltas de su padre: por bien, que no por mal, lo digo, y sin consultarlo con mi confesor, no sea que me lo prohibiese; pero obro según conciencia, la que me dicta dar este paso. ¡Qué importa que tu corazón se haga pedazos si logramos arrancar un alma del infierno!

Y Anacleta se interrumpió un momento para proseguir después, dejando caer de sus labios lentas y terribles estas palabras, como gotas de derretido plomo sobre la herida abierta:

—Hace unos diez años que lo que hago contigo ahora, lo hice con tu madre. Ella lo sospechaba ya, porque el amor y el dinero no pueden estar ocultos, y al fin tenía más años y experiencia que tú: lo sospechaba, pero yo troqué su sospecha en evidencia. Hay que conocer el diagnóstico de la enfermedad para aplicar el remedio: tu madre lo aplicó; Dios bendijo sus afanes, y el esposo infiel convirtió su corazón á su amante compañera, y abominó de su culpable devaneo, pagándole con muchos años de amor y fidelidad algún tiempo de criminal locura. Yo confío no has de poder menos

que tu madre. Javier te ama con todo su corazón: sólo tu amor le contiene de no entregarse por entero á los escándalos y ludibrio de su pasión, más preponderante y avasalladora que la pasada.

Carmen guardaba silencio, sintiendo en sus entrañas un pasador agudo que se las atravesaba de parte á parte, dislacerándoselas con todos los crueles refinamientos de la más desapiadada tortura.

El ídolo acababa de caer de su altar. ¡Ay, se derrumban tan fácilmente los ídolos de barro!

Momentos antes hubiera puesto confiada y valerosa las manos en el fuego por la honra de su padre; ahora, las oleadas de amargura que se levantaban en su corazón estallando en desgarradores sollozos y reventando por sus ojos en raudal de acerbas y congojosas lágrimas, decían, no ya con la vacilación de la duda, sino con desgarradora seguridad: ¡Es cierto, es cierto!

Aquellas memorias de su infancia vagas y misteriosas que nunca se curó de descifrar, tenían su explicación clara y precisa con las palabras y revelaciones de tía Anacleta.

—¡Pobre madre mía idolatrada! pensaba; ahora comprendo tus lágrimas, tu resignada, pero dolorosa tristeza, de la cual sin duda tomó origen la enfermedad que te llevó al sepulcro. «Ruega, hija mía, por la salvación de un alma, por la paz de una familia, me decías, que Dios acoge benigno las súplicas de la inocencia»...

¡Pobre niña, cuán ajena estaba entonces de que aquella alma le era tan querida y aquella familia era la suya!

Después, sí, lo recordaba perfectamente; su madre lloraba á raudales como no la había visto nunca llorar, y la niña lloraba también, pero aquella le decía:

—No llores, hija del alma; mis lágrimas son de júbilo, de gratitud á la bondad de Dios: dale las gracias desde lo más íntimo de tu sér, porque ha vuelto sus ojos de misericordia á una pobre alma extraviada, y ha dado la paz á una familia.

¡Oh, qué claro lo veía todo! Y si su padre se dejó prender en las redes de una indigna pasión teniendo mujer buena, amante y hermosa, ¡qué mucho que reincidiese en iguales extravíos cuando todo eso le faltaba!

Separó Carmen de entre las manos la gentil cabeza, enjugó sus ojos, y fijándolos en su tía, dijo con la voz trémula aún:

—Gracias, tía, por el aviso: procuraré aprovecharlo en favor de mi desgraciado padre, y confío que Dios me inspirará.

—Con este solo objeto te he dicho lo que siempre debiste ignorar; pero entre dos males es de cuerdos elegir el menor: tu padre te llama su ángel tutelar; pues arráncale del abismo. Ahora me voy, dijo levantándose: no quiero me encuentre aquí: yo no soy como tu madre y tú, y le echaría en cara toda la ignominia y bajeza de su conducta.

II

Continuaba Carmen de pechos sobre el balaustre de la galería, tal como poco más de una hora antes la presentamos en escena; pero ¡cuán cambiada en tan corto espacio!

Diríase que la niña inocente, alegre y juguetona se había convertido de súbito en mujer, con la conciencia de su grave, delicada y difícil misión sobre la tierra.

Ya no formaba como un gran marco á su hermoso y agraciado busto el cielo de nubes alegres y arreboladas, embellecido por los posteriores rayos del sol que alumbraban sin herir y acariciaban sin quemar, sino la noche sublime y majestuosa como el dolor; pero noche estrellada, serena, hermosísima como la cantada por el poeta:

«¡Ay, levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los anteojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera!
¿E, más que un breve punto
El bajo y torpe suelo comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?»

Carmen, á pesar de su inmensa pena, no podía sustraerse á aquel grandioso y arrobador espectáculo. Nada como esas miríadas de mundos centellantes esparcidos por el espacio por la mano del Creador, tan elocuente y admirablemente pregonan su poder y magnificencia: Contemplaba la niña los radiantes

luceros, blancos unos y tembladores, encendidos otros, fijos y rutilantes; describir estas luminosas parábolas en su tranquilo y majestuoso curso, apiñarse aquéllos como racimos de deslumbradora pedrería, y caer algunos rápidos y fugaces como lágrimas ó sonrisas que el cielo derramara sobre la tierra.

Abstraída en su contemplación, Carmen no oyó, ó acaso fingió no oír los pasos de su padre, que subía la escalera en su busca.

Momentos después sintió un brazo querido oprimirle suavemente la cintura, y su voz dulce y cariñosa que á su oído murmuraba:

—¿En qué piensas tan absorta, mi niña?

—Miro el cielo, papá, respondió Carmen tomándole la mano, que llevó á sus labios con respeto y cariño.

—¡Hermosa está verdaderamente esta noche! afirmó el Sr. de Girón elevando sus ojos al firmamento.

—Hermosísimo, papá, pero acaso no sea para nosotros, profirió Carmen con un suspiro.

Estas palabras, parecidas á las del desdichado autor de la llamada Reforma y su infeliz amante, impresionaron hondamente el ánimo de don Javier, quien preguntó á su hija:

—Pues ¿para quién le formó Dios tan hermoso sino para los ángeles como tú?

Y añadió con tono indefinible:

—Para mí... puede que no lo sea.

Al oír esta que parecía confesión tácita de su culpa, Carmen se sintió desfallecer, y reclinando la cabeza sobre el hombro de su padre, respondió así á su anterior pregunta:

—Bien pudiera cerrarme las puertas de la gloria, papá mío. El que habiéndome elegido gratuitamente, sin ningún mérito mío, para su esposa, ve mi desidia y tardanza en acudir á su llamamiento.

Y al decir esto, una lágrima importuna, resbalando por su mejilla, fué á caer sobre la mano de su padre, que había tomado las suyas.

Fuese el contacto de aquella lágrima, fuese el amargor de las palabras antedichas, fuese otra consideración cualquiera lo que movió su voluntad en aquel instante, se apresuró á responder:

—No quiero yo, hija de mi alma, tengas ese resquemor en tu conciencia, siquiera sea enteramente infundado; pero reconozco mi egoísmo y crueldad al retenerte á mi lado, y como

por otra parte en los dos años transcurridos desde la muerte de tu madre, el tiempo, ya que no pueda borrarla nunca de mi memoria y mi corazón, ha prestado algo de lenitivo á mi pena, desde ahora tienes mi permiso para entrar cuando gustes en el convento, segura de que la consideración de que labro así tu felicidad y cumplo tu deseo, endulzará la pena de la separación y la privación de tu amada presencia.

Una sonrisa desgarradora, de esas que condensan todo un drama del corazón, entreabrió los labios de la niña.

La amargura y el dolor de aquel drama podría compendiarse en esta sola frase:

Le estorbo:

—¿Qué dices? interrogó viendo que Carmen guardaba silencio.

—Digo, respondió aquélla, que sin haber perdido ni renunciar á mi vocación, no quiero entrar ahora en el convento.

—¿Pues cuándo? siguió interrogando el señor Girón.

—Nunca, respondió con resolución, nunca, si Dios me llama antes que á tí; cuando tú mueras, si me concede más larga vida.

—Agradezco tu sacrificio, pero te dispenso de él con toda mi alma.

—Gracias, papá, respondió Carmen con amargura: no es sacrificio lo que hago, antes es un egoísmo del corazón el no separarme de tu lado los pocos años que el Señor me concede de vida...

Y añadió echándole al cuello los brazos:

—Permíteme que los aproveche, papá, puesto que al morir habremos de separarnos..... para siempre.

La sospecha que hacía algunos momentos torturaba el corazón del Sr. Girón, inclinándole á creer que su hija era concedora de la ilícita pasión de su padre, trocose con estas palabras en evidencia.

Sintió por algunos momentos todo el peso de su vergüenza é indignidad: hubiera querido que la tierra se abriese y le tragase, ó que se tragase á su hija.

Porque aquel padre criminal, como todos los criminales, pasado el primer momento de confusión, ensoberbecióse, y dominado por el rencor y la ira y aún por el odio mismo, respondió á su hija de esta manera, al tiempo que la rechazaba de sí:

—Podrá Dios juzgarme cómo y cuándo á su justicia le plazca; pero no tolero que mi hija se erija en juez de mis acciones. Y para que esto no vuelva á repetirse, mañana haré las diligencias oportunas para que cuanto antes entres en el convento donde te llama tu vocación.

Y esto diciendo volvió á su hija la espalda y salió de la galería.

Quien de suyo é inopinadamente háyase visto arrojado de un corazón que tuvo por suyo, podrá comprender la desgarradora impresión que hubo de sentir nuestra niña. Su alma generosa no se había preocupado de otra cosa que del peligro que corría aquella otra alma tan amada, y sólo hasta momentos antes no se le ocurrió sospechar podía servir de estorbo y mortificación á aquel padre que siempre se mostrara tan amante y enamorado de su hija. No pudo colegir su mente cándida la preponderancia y dominio de una pasión criminal, que tumultuosa y avasalladora como aluvión que se despeña de la montaña, ciega ó enloda con su turbia corriente los purísimos manantiales de los sentimientos más nobles y legítimos.

—¡No me ama! Ese grito tan amargo y des-

garrador que hacía años enloquecía de pena á la ofendida esposa, había venido á ser como dolorosísima herencia de la hija sin ventura.

Grandes son las dulzuras que el corazón saborea al sentirse amado, pero no equivalen todas juntas al desgarramiento que le produce el contacto glacial de la indiferencia.

Sintió Carmen que las fuerzas le iban faltando, que sus rodillas se doblaban sin poderla sostener, y cayó de hinojos amparándose de los hierros del barandal, sobre el cual apoyó la frente enardecida.

Sintió entonces como si un aro oprimiese su cabeza y rodara dando tumbos por el espacio: enseguida invadió su sér sensación dulcísima de apacible bienestar, replegó las alas de su espíritu, y en el fondo de su alma angelical y pura miró al Amado que le sonreía diciendo: «Yo sí que te amo...»

Y junto á sus labios abrasados por la fiebre y contraídos por la congoja, imaginó percibir fresca y perfumada por el amor, la llaga que en el corazón amante por excelencia abrió la perfidia é ingratitud de los hombres.

Unos pasos lentos y pesados sonaron en la escalera y en la galería después, y Pascualo-

na, la nodriza de Carmen, se le acercó diciéndole:

—Ea, niña, basta de rezos y de mirar á la luna: la cena está servida, y por la cara que tu padre pone sospecho que no le hace gracia tu tardanza.

—Vamos, respondió Carmen levantándose del suelo fuerte y animosa.

III

Pocos días habían transcurrido cuando llegó el fijado por el Sr. de Girón para que su hija entrara en el convento de religiosas Clarisas, que había sido el elegido por ella desde hacía algunos años.

Las relaciones entre padre é hija durante aquellos días no pecaron de expansivas y afectuosas: él presentábase frío y grave, imaginando así rehuir toda explicación ó cariñoso reproche; ella estaba sumisa y atenta, pero triste y silenciosa.

Girón hizo cuanto pudo por abreviar situación tan anómala y tirante entre aquellos dos corazones siempre tan amantes y unidos.

Con alegría indecible vió aproximarse el día de la separación; pero al llegar éste y ya desde la noche antes, comenzó á angustiarse, dando vueltas por la cama sin poder conciliar el sueño. En vano la pasión enloquecedora le decía iba á perder de vista aquella hija que con su sola presencia era un reproche y un freno molesto á su libertad; en vano procuraba engañarse á sí mismo diciendo que lo que hacía era en bien de su hija, era matar sus escrúpulos de hija amante y sumisa para que realizara su vehemente vocación: la idea de perder á su Carmen, de separarse para siempre de aquella hija tan amada, iba enseñoreándose de su espíritu y oprimía y desgarraba su corazón. ¡Ah, si hubiera podido romper los lazos de aquella ciega pasión! Pero esos lazos se convierten en dogales, en férreas cadenas, y para destruir sus eslabones se necesita la acción de áspera y dura lima, ó un impulso extraordinario de la gracia divina.

—¡Dios mío! exclamaba aquel padre verdaderamente infeliz; separarnos así, con ese resentimiento en el alma; abrazarnos por última vez sin juntar nuestras lágrimas y confundir los latidos de nuestros corazones...

El Sr. Girón interrumpió sus tristes pensamientos, acababa de ocurrirle una idea magnífica, conciliadora.

Saltó del lecho, abrió uno de los cajones de la cómoda, y de él sacó un lindo cofrecito. Abriólo y contempló en conjunto primero, una por una después, las joyas que fueron de su difunta esposa.

—Estas alhajas son para mi Carmen, se dijo: hoy se las pondrá para engalanarse por vez postrera y dar un eterno adiós al mundo. Después... ¿para quién serán, puesto que ella no ha de volver á llevarlas?...

Un pensamiento cruzó su mente; pero lo rechazó súbito, y el rubor de la vergüenza bañó su rostro. No, sería ultrajar la memoria de aquella santa, de la madre de su hija; sería una indignidad... ¿Para quién servirían? ¡Ah, para la Virgen de los Angeles, patrona del convento! ¡Con qué gusto se las cedería su hija, pues eran suyas! ¡Con qué inefable gozo vería adornada con ellas á su madre, su madre del cielo, con las joyas que lució su madre en la tierra.

Sintió una satisfacción inmensa, pura, infantil, embriagadora. ¡Qué alegría iba á dar

á su Carmen! suya, sí, porque aún podía llamarla suya.

Miró el reloj, que señalaba las seis menos cuarto, y le pareció era hora de despertar á su hija.

—Más tendrá que madrugar en el convento, pobrecita de mi alma, se dijo, y con el cofrecito en la mano, y la risa en los labios, se encaminó á su aposento.

Tan, tan, llamó á la puerta.

—¿Se puede pasar, mi niña? gritó dándole tan dulce nombre por primera vez después de la escena de la galería.

Nadie respondió al llamamiento.

—Carmen, cordera mía, ¿duermes aún? responde, que tu padre te viene á dar una alegría muy grande.

—¡Qué sueño tan pesado tiene hoy! dijo empujando la puerta y entrando en el aposento de su hija.

Las ventanas estaban abiertas, y la aurora bañaba con sus tintas suavemente rosadas todos los objetos, colocados en perfecto orden.

—¡Carmen! gritó dirigiendo la voz hacia la alcoba, que tenía corridas las cortinas de muselina blanca.

—¡Dios mío! ¿le habrá dado algo? suspiró el Sr. Girón al ver que nada respondía, y levantó una de las cortinas con mano trémula.

La cama estaba enteramente intacta.

¿Dónde ha pasado mi hija la noche? preguntóse con inquietud.

Y corrió al oratorio, al jardín, á la galería; interrogó á los criados, que comenzaban á desperezar el sueño: nadie la había visto, ni parecía en parte alguna.

--Despertad á su nodriza; que venga Pascualona, á ver si sabe de la niña...

Pero la nodriza tampoco parecía, y su cama estaba intacta como la de Carmen.

—¡Dónde habrán ido, santo cielo! exclamó el triste padre.

Y volvió al cuarto de su hija, examinó con ansia todos los objetos, cual si ellos hubieran de darle explicación de dónde estaba. Se dirigió á su elegante pupitre, levantó la tapa de ébano, y... frío estremecimiento recorrió todo su sér: lo primero que vieron sus ojos fué una carta dirigida á su nombre, escrita por la trémula y amada mano de su hija.

Tomóla temblando á su vez en las suyas; rompió el sobre y leyó:

«Padre de mi alma: Perdóname que te desobedezca y rechace por ahora la felicidad que quieres darme de entrar en el convento: te agradezco tu buen deseo con todo mi corazón; pero... mira, esa.. ilusión que hoy te fascina pasará, porque tiene que pasar, y porque Dios querrá que pase. Entonces te verás solo, desengañado y desencantado de todo, con el alma enferma, la conciencia turbada, seco ó hecho pedazos el corazón. Temería, padre mío, cayeses en brazos de la desesperación ó en la de esa atomía del espíritu precursora de la misma muerte, si no pudiera ofrecerte los míos para que descansaras en ellos de tus penas y tus luchas. No es al través de rejas, delante de testigos y en algún modo muerta para tí, como ha de recibirte tu hija; sino libre, amante, dichosísima por recobrar tu corazón, dispuesta á rodearte de cariño y cuidados, á sacrificarlo todo por tu bien: entonces comprenderás quién verdaderamente te ama.

»Parto en compañía de Pascualona á reunirme con tía Emerenciana, aquella anciana parienta de mi madre, que en un pueblecito de Aragón tiene reunidas unas cuantas jóvenes desamparadas: allí aguardaré la bendita

hora en que Dios toque tu corazón. Y esto que hago no sólo me lo aplaude, me lo inspira Aquel que por espacio de treinta y tres años vino á padecer á este destierro, hasta dar su vida por la salvación de los hombres. Yo también me impongo un destierro triste y penoso por la salvación de un alma, porque á parte de serme más amada que la propia vida, un alma tiene valor infinito, porque es el precio de la sangre de Dios. Padre, padre, por las entrañas amantísimas de Cristo, por tanto como has amado, ten misericordia de la tuya...

»Tu pobre hija que te ama con todo su corazón,

CARMEN».

Sintió el Sr. de Girón el anonadamiento y la vergüenza de verse tan pequeño, tan ingrato y criminal ante aquella hija tan buena y tan amante: sucumbió por algunos instantes á la humillación de no merecer tal tesoro, y al dolor de haberlo perdido. Pero la pasión bastarda levantó su cabeza como la víbora para hincar sus dientes venenosos. Despertó su soberbia como la vez pasada, y estrujó la carta entre sus dedos con rabia rencorosa. Momen-

tos después se encogió de hombros; desarrugó la carta, que despaciosamente redujo á menudos fragmentos, los cuales arrojó por la ventana, entreteniéndose en mirar cómo el airucillo sutil de la mañana parecía divertirse en jugar con ellos.

IV

Pobre y humilde era la estancia, aunque limpia y ordenada en su sencillez.

Una anciana medio paráltica leía pausada y trabajosamente á la luz del quinqué en un libro de meditaciones. Rodeábala seis jóvenes de catorce á treinta años, que aprovechaban afanosamente la luz para seguir el bordado ó la costura en que se empleaban, sin dejar de atender por eso á la piadosa lectura.

Entre ellas estaba Carmen, pero ¡cuán cambiada! Los ayunos, asperezas y maceraciones á que entregaba su inocente cuerpo, juntamente con la pena que atormentaba su espíritu, habían impreso ascética palidez y adelgazamiento en sus facciones, espiritualizando por decirlo así su fresca y fascinadora belleza.

Cinco años habían transcurrido sin que nada supiese de su padre, ni ella le hubiese escrito una palabra tampoco. Cinco años en los cuales había agetado todas las mortificaciones y los sufrimientos todos para mover la misericordia de Dios en favor de aquella alma querida; pero Dios parecía responderle con el obstinado y largo silencio de su padre: Ella no quiere, ella no quiere.

Para que la pobre joven apurase todas las penas, los impulsos de su vocación que suave y tranquilamente la llevaban al claustro, habían adquirido con los años fuerza vehemente y avasalladora; no eran ya la inclinación dulce y sosegada, sino arrastre ardiente é impetuoso. Contribuía á ello la vida que llevaba, algo parecida al estado religioso, sin su perfección y aprovechamiento, y sobre todo, la duración y amargura de aquel sacrificio, que bien podía ser estéril sin una gracia especial del Señor. Pero Carmen aguardaba esa gracia, aunque tenía que luchar con horas de mortal desaliento.

Acabó la anciana su lectura, y doblando las jóvenes la labor dispusieronse á dar la última mano á la frugal y parca cena.

Un golpecito sonó entonces en la puerta de la calle.

—Adelante el que sea; esta puerta no se cierra nunca, dijo la voz de la vieja.

—La paz del Señor sea en esta santa casa, pronunciaron dos frailes capuchinos entrando en la espaciosa pieza que á la par servía de sala, comedor y cocina.

—Ella venga con vuestras reverencias, respondió la señora Emerenciana, mientras las jóvenes se ponían de pié en actitud respetuosa.

—Me haría usted, buena señora, el favor de decirme si aquí se alberga una joven llamada Carmen Girón? preguntó el que parecía superior del otro, que guardaba la actitud más humilde, sin atreverse á levantar los ojos del suelo, ni la capucha de los ojos.

—Servidora de V. R., Padre, yo soy, respondió la aludida conteniendo su emoción á duras penas.

El religioso que hemos dicho parecía superior al otro en dignidad ó jerarquía, echó atrás la capucha, y fijando sus ojos claros, serenos, en la joven díjole con afectuoso acento.

—Traigo á usted noticias de su padre.

—¡Loado sea Dios! ¡padre de mi alma! Y

serán buenas sin duda viniendo por conducto de V. R.: ¡no puede ser otra cosa! exclamó anhelante.

—Buenas son, hija mía; usted misma va á juzgar por esta carta.

Y sacándola del pecho, púsola en manos de la joven.

Al ver la letra de su padre, la llevó á sus labios y la estrechó después sobre su corazón, pasando así algunos momentos sin abrirla.

Por fin rompió el sobre, y leyó al través de dulcísimas lágrimas:

«Hija querida de mi corazón: El Señor ha oído tus ruegos, como no podía menos de suceder, y antes de lo que tú imaginas. Sí, porque la ilusión de las pasiones bastardas estriba por lo común en los obstáculos que las circunstancias les ponen, y pierden su malévoló atractivo, su pernicioso preponderancia una vez aquéllos desaparecen. El caballo que corre sin ninguna clase de freno, cae jadeante y cubierto de espuma, acaso para no levantarse más, ó se estrella contra el primer obstáculo, hallando en la libertad la muerte. El paladar siente pronto el hastío del manjar que se le da sin tasa, y si el manjar es grosero, en-

venenado, vil, el hastío se trueca en repugnancia, y la repugnancia en aborrecimiento.

«El P. Gualberto de Loja, dador de esta carta, que ha recibido mi confesión, te dirá si ha sido sincero y grande mi arrepentimiento; pero nada de esto es mío, sino dádiva de la misericordia de Dios, á la cual han hecho dulce violencia los ruegos de mi hija.

»Ha llegado, pues, la hora de realizar tu vocación, de que cumplas tu deseo: bien lo mereces, hija mía idolatrada: el divino Esposo te espera para ceñir la corona á tu frente virginal: corre á darle las gracias por la resurrección del alma de tu padre. Las madres están avisadas y te aguardan con los brazos abiertos: el mismo P. Gualberto se encargará de llevarte.

»Sé, por fin dichosa, como lo desea tu padre, que del fondo del alma te bendice y ama entrañablemente.

»JAVIER».

Carmen cayó de rodillas, dejando correr libremente sus lágrimas de acendrada gratitud al Dios misericordioso.

Pero pasada aquella explosión del alma cristiana, la naturaleza reclamó su parte también.

Levantóse súbita, y dirigiéndose al Religioso preguntóle:

—Pero ¿por qué no viene mi padre en persona? ¿Por qué no escucho de sus labios mismos esa consoladora y grata buena nueva? ¿Está mi padre enfermo? ¿se halla postrado? ¿tiene algún impedimento que le prive de venir á confundir sus lágrimas de arrepentimiento con mis lágrimas de ternura y gratitud? ¿Cómo se vale de terceros é intermedios, y no está en los brazos de su hija?...

—Helo aquí, dijo el P. Gualberto bajando la capucha al otro religioso, el cual hechos dos fuentes sus ojos, abrió sus brazos exclamando:

—¡Hija de mi vida!

Carmen exhaló un grito de honda sorpresa y delirante júbilo, arrojándose en ellos.

Durante algunos minutos no se oyó más que el rumor de los sollozos con que daban ensanche á sus nobles y amantes pechos.

Los demás circunstantes, profundamente conmovidos, también lloraban.

—¡Capuchino, padre mío de mi corazón! ¿quién lo había de imaginar? ¡Capuchino! repetía Carmen loca de felicidad.

—Cosas de Dios, y también de mi hija, que ha contribuido al milagro sin saberlo, respondió jovialmente su padre.

Y añadió:

—Y no vayas á creer capuchino como se quiera, sino que hace ocho días pronuncié solemnemente mis votos, después de un año de noviciado, sin que tú supieras una palabra, hija mía, porque esa fué la prueba que me impuso el P. Gualberto, mi maestro, y también como penitencia de mis grandes culpas.

—¡Con que seremos hermanos! Ahora sí que al entrar en el convento, no me parecerá que nos separamos, porque viviremos unidos en la misma religión de nuestro seráfico Padre. ¡Oh qué dicha, qué dicha!

Y Carmen besaba las manos de su padre, el cordón, el hábito, el rosario que pendía de su cintura, con transportes de inefable alegría.

—No creas, respondió aquél, que esa consideración haya influido poco en mi vocación, después del llamamiento divino, el que seamos

hermanos. Y mira, como recuerdo tuyo he adoptado tu nombre; me llamo Fr. Carmelo: con que vive prevenida, que más de una vez me llegaré al convento á pedirte una jícara de chocolate.

—¡Oh, qué bueno es Dios, qué bueno es Dios! repetía la joven.

Tomóle de súbito Fr. Carmelo las manos, y la arrastró con ímpetu hacia una ventana que abrió de par en par.

El cielo cuajado de estrellas radiadoras traía á la memoria la hermosísima estrofa de Fr. Luis de León.

¡Oh prados verdaderos!

¡Oh campos con verdad frescos y amenos,

Riquísimos mineros!

¡Oh deleitosos senos,

Repuestos valles de mil bienes llenos!

Fray Carmelo levantó la diestra, y con la voz embargada por la emoción, dijo á su hija:

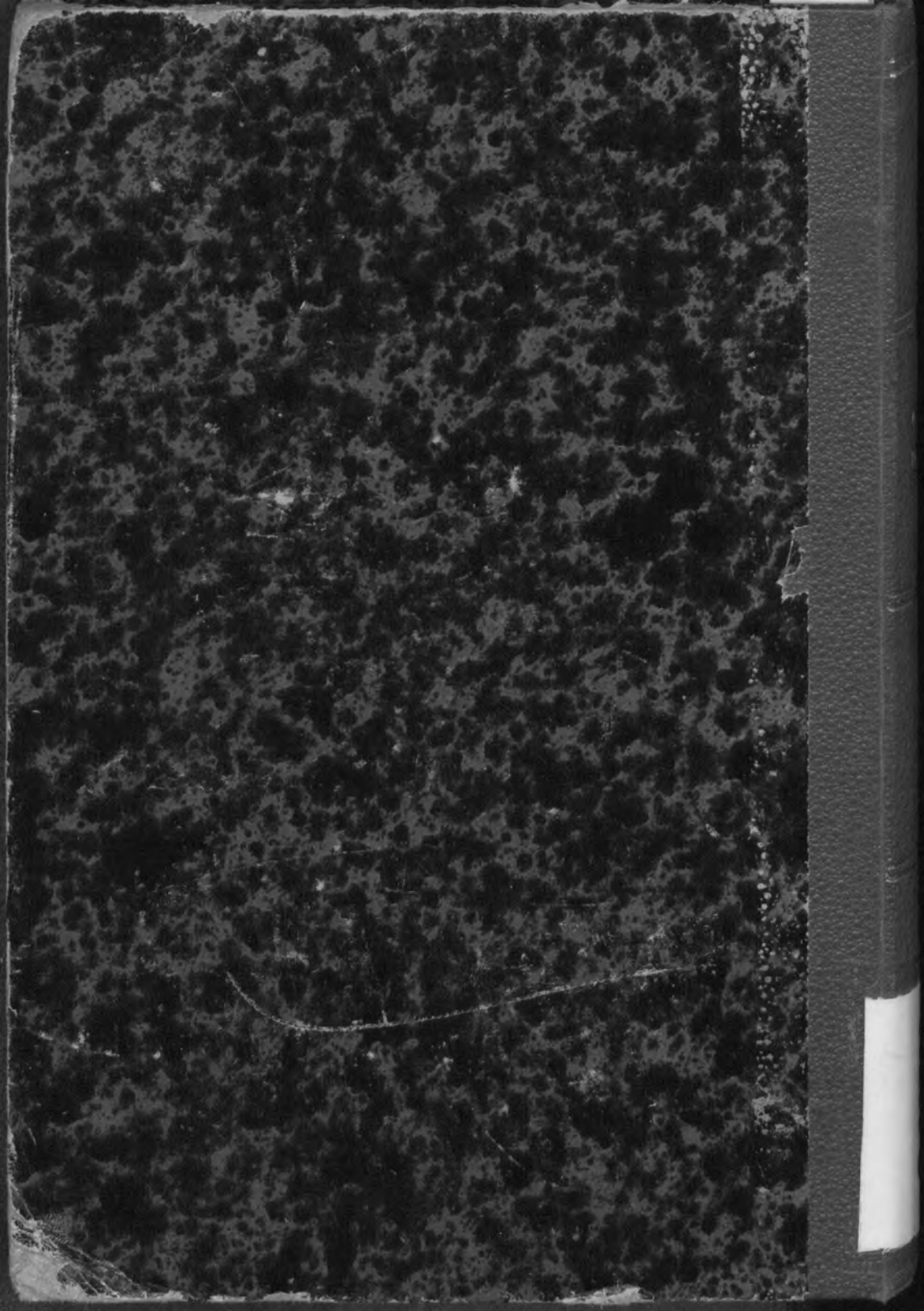
—¡Mira, ya es nuestro! ¿Te acuerdas de aquella noche bella y apacible como ésta, en la cual usando de plural para advertirme sin avergonzarme, parecías dudar de que ese hermoso cielo hubiera de ser para nosotros? Pues

hoy por la merced de Dios te respondo: Miralo, hija de mi corazón, tan inmenso, tan magnífico, tan bello y esplendoroso como le estamos contemplando, es nuestro, es nuestro...

—Sí, vuestro es, hijos míos, intervino el P. Gualberto: para vosotros lo formó la divina Omnipotencia, para vosotros lo compró Cristo con su sangre preciosa, y para que subáis á tomar posesión de él, la infinita misericordia os ha puesto dos escalas igualmente seguras: la inocencia y el arrepentimiento.

FIN





G 59709

NOVELAS
VARIAS